

—¡Aquí estoy, señor, aquí estoy! habrá que andar á empellones cuando tenga que salir.

—Marchaos ahora mismo, repuso el banquero entregándole una esquila. ¡Tomad esto, Jerry! Marchaos y no os detengais un momento.

—Muy bien, señor.

—El papel que acababa de recibir el demandadero no contenia más que una sola palabra:

Absuelto.

Cruncher, atravesando denodadamente por entre la apiñada multitud, pensó para sí:

—Si hubiéseis escrito ahora *Resucitado*, lo comprenderia perfectamente.

No le fué posible continuar su monólogo, porque se vió obligado á correr para no ser atropellado por la multitud de gentes diseminadas por todas partes, y cuyo zumbido se oía por la calle, como si los moscardones, malograda su esperanza, se hubiesen precipitado en busca de otro cadáver.

CAPITULO IV.

Felicitaciones.

Mientras desaparecian los últimos restos de aquel guisado humano que hervia desde por la mañana en la sala del tribunal, Lucía Manette y su padre, el abogado y el defensor de Mr. Darnay se habian reunido en torno de éste y le daban la enhorabuena por haberse librado de una muerte casi segura. Difícil hubiera sido, aun reinando la mayor claridad, reconocer en aquel doctor, de inteligentes facciones y noble aspecto, al zapatero del arrabal Saint Antoine.

Sin embargo, nadie que le hubiese mirado una vez

podia dejar de mirarle nuevamente, aun cuando no hubiese tenido ocasion de observar el doloroso timbre de su voz grave, y el aire distraido que velaba á veces repentinamente todo su rostro. No solamente una causa exterior, una palabra alusiva á sus años de agonía, evocaban de las profundidades de su alma aquel estado de abstraccion, sino que sucedia tambien que la nube se formaba por sí misma, y esparcia sobre las facciones del antiguo prisionero una oscuridad tan incomprensible para los espectadores que no conocían su historia, como si en un dia despejado y sereno hubiesen visto la Bastilla proyectar su sombra sobre él, á pesar de las trescientas millas que de ella le separaban.

Únicamente su hija era capaz de disipar aquellas nubes. Ella era el hilo de oro que unia los dias felices del anciano con la tranquilidad que gozaba despues de su miseria. La voz, la mirada y el contacto de Lucía, ejercian en él una soberana influencia. Sin embargo, la jóven recordaba que en ciertas ocasiones, su ternura no habia producido ningun efecto; pero estas ocasiones eran muy raras, y ella iba adquiriendo la certidumbre de que no volverian á reproducirse.

Mr. Darnay besó fervorosamente la mano de Lucía Manette, y luego, dirigiéndose á Mr. Stryver, le dió muestras de su profundo agradecimiento. Este tenia apénas unos treinta y tantos años, pero representaba cerca de cincuenta. Era grueso y de corta estatura, tenia una voz fuerte, modales bruscos, cabellos rojos, tez sonrosada, carencia absoluta de delicadeza, y cierto modo de brillar en medio de una sociedad ó de una conversacion, elogiándose á sí mismo, que hacia fácil el poderle augurar un feliz porvenir en su carrera.

El referido abogado, que conservaba aún su peluca y su toga, se colocó enfrente de su cliente á viva fuerza atropellando y expulsando de su sitio al infeliz Mr. Lorry.

—Téngo una verdadera satisfaccion en haber podido

sacaros de este atolladero. Mr. Darnay, exclamó; era una persecucion innoble é infame, pero que por eso mismo debia haberos sido fatal.

—Recordaré ese favor toda mi vida, respondió calurosamente el jóven.

—Yo he hecho todo cuanto me ha sido posible, Mr. Darnay, y creo que valgo tanto como otro cualquiera.

Parecia natural que álguien se encargase de añadir: «Mucho más».

Mr. Lorry tomó á su cargo esta comision, tal vez con el propósito de obtener un pequeño lugar al lado del que ocupaba hacia poco.

—¿Lo decis sinceramente? preguntó Mr. Stryver; eso me llenaria de satisfaccion. Habeis asistido á los debates, debeis ser persona competente en la materia. Vos sois un hombre de negocios, un hombre sério, un hombre grave.

—Por eso mismo, replicó Mr. Lorry, ruego al doctor que dé por terminada esta conferencia y disponga que salgamos de aqui. Miss Lucia está sumamente pálida, mister Darnay ha llevado un dia terrible, y todos nosotros estamos completamente desmarejados.

—Hablad por vuestra cuenta, dijo el abogado; hablad por vuestra cuenta al decir eso de desmarejados; por lo que á mi se refiere, os aseguro que tengo que trabajar toda la noche.

—Lo digo más bien por miss Manette y por Mr. Darnay, replicó el gentleman. Señorita, ¿no os parece que puedo hablar en nombre de todos? añadió designando con la vista al doctor Manette.

El rostro de éste, cuyos ojos se hallaban fijos en Cárlos Darnay, tenia una expresion particular que, cada vez más marcada, revelaba una desconfianza y una aversion que iban acompañadas de un profundo temor.

—Padre mio, dijo miss Manette colocando una mano sobre su brazo.

El anciano sacudió la sombra siniestra que cubria su rostro, y se volvió hácia su hija.

—¿Vámonos ya á casa?

—Sí, dijo el doctor exhalando un profundo suspiro.

Acababan de ser apagados los quinqués de los pasillos, habianse cerrado las pesadas rejas, produciendo un ruido estrepitoso, y aquel horrible teatro iba á quedar desierto hasta que el poderoso interés que despertaban la horca y la picota, volviese á llenarlo al rayar el dia.

Lucia Manette, dando el brazo á su padre y acompañada de Mr. Darnay que iba á su lado, llegó á la calle, subió á un carruaje de alquiler, y desapareció con el doctor. El abogado se habia separado de ellos en uno de los pasillos para dirigirse al vestuario.

Ninguna de las personas que habian asistido á los debates, ni aun el mismo Mr. Darnay habia notado la parte que tomó en ellos el colega de Mr. Stryver.

El indolente Cartone, que al terminar la sesion se habia quitado la peluca y la toga, sin que por esto ganase nada su aspecto, no se habia unido á los que fueron á felicitar al detenido; habíase apoyado contra la pared en la parte más oscura del pasillo, sin hablar una palabra con nadie absolutamente; luego siguió al doctor y á su hija, siempre silencioso y mudo, y los contempló hasta el momento en que los vió subir al carruaje.

Entonces se acercó á Mr. Darnay, que estaba hablando con Mr. Lorry.

—Parece, dijo á este último, que se puede ahora dirigir la palabra al detenido sin comprometerse. Si hubiérais podido ver, Mr. Darnay, la lucha que tiene que sostener un hombre respetable cuando batalla entre la necesidad de ceder á los impulsos de un noble corazon y la necesidad de guardar las apariencias que le imponen los negocios, os hubiéseis divertido muy de veras.

—Caballero, dijo el banquero con cierto calor y ponién-

dose vivamente encendido, ya habeis mencionado ese particular; permitidme ahora haceros observar que las personas que se hallan al servicio de una casa importante no se pertenecen en ningun caso, y deben pensar en los intereses que les están encomendados mucho más que en sus propios deseos.

—Lo sé perfectamente, respondió Cartone con indiferencia. No os enojeis, Mr. Lorry, valeis tanto como otro cualquiera, y hasta tengo la conviccion de que valeis mucho más.

—Caballero, repuso el gentleman, á quien estas palabras no habian tranquilizado en modo alguno; en verdad que no comprendo el interés que pueda inspiraros mi conducta. Permitidme, siquiera sea en obsequio de mis años, que os dé un consejo: creo que hariais mucho mejor en ocuparos de vuestros negocios.

—Yo no tengo ningun negocio, respondió el abogado.

—¡Tanto peor, caballero, tanto peor! eso sí que es verdaderamente sensible.

—Estamos completamente de acuerdo.

—Siuviéseis negocios, prosiguió el gentleman, os ocuparíais de ellos y...

—Puede que no me tomase esa molestia, interrumpió Mr. Cartone.

—Hariais muy mal, caballero, exclamó el pobre viejo exasperado al ver tanta indiferencia; los negocios son una cosa excelente, y no puede haber nada más respetable que el trabajo que absorben. Mr. Darnay tiene sobrado talento para comprender mi situacion, y sé que es bastante generoso para que yo pueda abrigar el temor de que se resienta conmigo por la imposibilidad en que yo me hallaba de... Buenas noches, Mr. Darnay, abrigo la esperanza de que habeis escapado á la muerte para gozar de una existencia feliz; os repito mi más cordial enhorabuena. ¡Mozos, acércaos aquí!

Mr. Lorry, enojado consigo mismo por este arranque de impaciencia, se introdujo en la silla de manos, y fué conducido á la casa Tellson y C.^a

—¿No es verdaderamente una rara casualidad el que nos hallemos juntos otra vez, Mr. Darnay? exclamó riendo Sydney Cartone, cuando vió alejarse al gentleman. Debe pareceros muy extraño el veros esta noche en la calle, á solas con vuestro *alter ego*?

—¡Apénas si me atrevo á creer que vivo en este mundo! respondió Cárlos.

—No lo extraño; ¡hace tan poco tiempo que estábais á punto de largaros al otro! Pero parece que os sentís fatigado.

—Efectivamente, me encuentro muy débil.

—¿Y por qué demonio no comeis? Yo he hecho mi comida mientras se averiguaba á qué mundo debíais pertenecer. Permitidme que os acompañe á la primer taberna en que haya probabilidad de que pueda comer un cristiano.

Sydney Cartone cogió el brazo de Cárlos Darnay, le llevó casi por fuerza al final de Lugdate, siguió por Fleetstreet, y despues de atravesar varias calles, le condujo al extremo de un pasaje. Una vez allí, fueron introducidos en una habitacioncita, en la cual logró Cárlos recuperar sus fuerzas, gracias á una succulenta cena, acompañada de buen vino, en tanto que Cartone, sentado enfrente de él, saboreaba una botella de Oporto, sin abandonar un solo momento su aspecto indolente mezclado de impertinencia.

—¿Comenzais ya á daros cuenta de que os hallais en este mundo? preguntó á Mr. Darnay.

—Ahora empiezo á comprenderlo, pero he visto las calles tan confusamente, que no sé en dónde me hallo.

—Eso debe de ser una inmensa satisfaccion, repuso Cartone con cierta amargura, llenando nuevamente su

vaso. Yo sólo deseo olvidar que formo parte de este picaro mundo. Exceptuando el vino de Oporto, la tierra, en que no sirvo para nada absolutamente, no me ofrece ninguna cosa agradable. En esto no nos parecemos ni pizca; en cuanto á lo demás, considerados moralmente, creo que ambos tenemos una gran semejanza. ¿No os parece lo mismo?

Cárlos Darnay, turbado por las emociones que acababa de experimentar, creyó que soñaba al ver enfrente de sí su propia imagen revistiendo un carácter tan diferente del suyo, y viendo que la pregunta era un tanto dificultosa, resolvió dar la callada por respuesta.

—Ahora que habéis comido, prosiguió el abogado, ¿quereis que brindemos?

—¿Por quién quereis que brinde?

—Lo teneis en la punta de la lengua.

—¿Por miss Manette?

—Bien decia yo; así debia ser: ¡por miss Manette!

Mientras bebía á la salud de la jóven, Mr. Cartone miró fijamente á Mr. Darnay, luego rompió su vaso y llamó para que le trajeran otro.

—Es una hermosa mujer; ¡qué grato debe ser llevarla á su carruaje de la mano y en la sombra! repuso el abogado llenando el vaso que acababan de traerle.

—¡Sí! dijo el jóven lacónicamente.

—Debe ser muy grato el despertar la compasion y las lágrimas de una mujer tan linda! ¿Qué impresion produce eso? ¿Creis que es pagar demasiado cara la simpatía de una jóven tan encantadora el arrostrar el peligro de ser condenado á muerte, Mr. Darnay?

E-te continuó guardando silencio.

—¿Qué satisfaccion tan grande sintió al escuchar las palabras que le dije de parte vuestra! No creais que dejé traslucir su viva satisfaccion, pero yo la adiviné desde luego.

Esta alusion recordó muy oportunamente á Cárlos Darnay que aquel insolente personaje le habia demostrado su generosidad en un trance verdaderamente apurado, y aprovechó aquel momento para dar otro sesgo á la conversacion, significando á Mr. Cartone lo mucho que le agradecia su exquisita bondad.

—No teneis nada que agradecerme, respondió el abogado; se trataba de una cosa bien fácil, y la he hecho sin pensar en ello. Permitidme ahora que os dirija una pregunta.

—Con mucho gusto; quisiera poder hacer algo en obsequio á vuestra noble conducta.

—¿Creis que os estimo?

—Si he de decir la verdad, caballero, respondió Darnay completamente desconcertado, me haceis una pregunta que nunca se me habia ocurrido.

—Pero ¿qué pensais en este momento?

—Os habeis conducido respecto de mí como un verdadero amigo, y sin embargo no creo que me tengais ningun cariño.

—Ni yo tampoco lo creo, dijo el abogado; vuestra respuesta me hace formar una idea sumamente favorable de vuestro buen talento.

—Sin embargo, prosiguió Darnay poniéndose en pié, supongo que no habrá en los sentimientos que yo pueda inspiraros nada que me impida pagar nuestra cena y creo que nos separaremos sin abrigar el menor resentimiento por vuestra parte ni por la mia.

—Seguramente que nó, respondió Cartone; ¿os empeñais en pagar todo el gasto?

—Lo haré así si me lo permitís, replicó Darnay.

—En ese caso, dijo el abogado al mozo de la taberna, traed otra botella de Oporto, y no dejéis de despertarme á las diez.

Cárlos Darnay, despues de pagarlo todo, se levantó y

dió las buenas noches á Mr. Cartone, el cual, levantándose á su vez, le dijo con cierta insolencia:

—Oid una palabra, Mr. Darnay: ¿pensais que estoy ébrio?

—Pienso que habeis bebido.

—No solamente lo pensais, sino que estais persuadido de ello.

—Efectivamente, Mr. Cartone.

—Pues bien, sabed que esto consiste en que yo soy un miserable galopo sin posicion alguna; ni yo me cuido de nadie, ni nadie se cuida de mí.

—Lo siento de veras, caballero, porque podríais hacer mucho mejor uso de vuestra inteligencia.

—De todos modos, Mr. Darnay, aunque la vuestra sea superior á la mia, no os vanaglorieis de ello: ¿quién sabe lo que sucederá el día de mañana?

Cuando se vió solo, Cartone cogió la vela que tenia sobre la mesa, se acercó al espejo que habia colgado en una de las paredes, y se miró á sí mismo con extremada atencion.

—¿Quieres tú á ese hombre? murmuró hablando con su propia imágen. ¿Y por qué has de quererle? ¿Porque se te asemeja? ¿Qué hay en tí que pueda inspirar cariño? Nada; eso ya lo sabes hace mucho tiempo. ¡Llévete el diablo! ¿Qué cambio se ha operado en tu alma! ¿Hay motivo bastante para querer á un hombre porque os explica lo que hubierais podido ser, y porque os hace comprender la grandeza de vuestra caída? Tú en su lugar le hubieras mirado del mismo modo que esos ojos azules, y hubieses hecho nacer la emocion que agitaba ese rostro. Vamos, di francamente que le detestas.

Acercóse otra vez á su botella como buscando á su lado algun consuelo; la vació por completo, se durmió con la cabeza apoyada sobre sus brazos, y con los cabellos esparcidos por la mesa fué recogiendo el sebo de la vela á medida que ésta se derretia sobre ellos.

CAPITULO V.

El chacal.

En aquella época la mayor parte de los hombres bebían de tal modo, y ha habido sobre este particular un progreso tan notable en las costumbres, que quien refriese hoy día la cantidad de bebidas alcohólicas que absorbía un gentleman sin empañar en lo más mínimo su reputacion de hombre bien educado, seria tachado de exagerado embustero.

En estas báquicas costumbres, los hombres del foro no tenian nada que envidiar á las demás profesiones literarias, y Mr. Stryver, que habia logrado ya una clientela tan numerosa como lucrativa, rivalizaba, en toda la extension de la palabra, con los más famosos jurisconsultos, tanto en la cuestion de empinar el codo como en los embrollos y sutilezas propios de su profesion. Gozaba de gran favor en los asuntos criminales y civiles é iba poco á poco con habilidad y prudencia, salvando los peldaños inferiores de la escala que se proponia recorrer. Old-Bailey y el tribunal del banco del rey, recibian con los brazos abiertos á su favorito, y Mr. Stryver, presentándose arrogantemente enfrente del juez, mostraba por encima de un acirate de pelucas su abierta fisonomia que hacia girar como un tornasol hácia el astro brillante del día.

Habiase notado frecuentemente en el foro, que si bien Mr. Stryver poseia una palabra fácil, un carácter poco escrupuloso y un talento audaz y dispuesto á la réplica, carecia en cambio de esa facultad de agrupar y esprimir los hechos, que es una de las principales condiciones de un buen abogado. Pero hacia algun tiempo que habia adelantado muchísimo en este terreno; á medida que sus

negocios aumentaban, los analizaba infinitamente más, y hacia resaltar los principales extremos con una penetración que nunca se le había conocido. Aun cuando hubiese pasado una noche de orgía, al otro día por la mañana tenía la causa en la punta de los dedos, y sacaba de ella los más inesperados recursos de ataque ó de defensa.

Sidney Cartone, el más perezoso de los mortales y el que parecía ménos dispuesto, era el aliado, el compañero inseparable del legista; hubiera podido flotar un barco del rey en las diferentes bebidas que consumían juntos desde la fiesta de San Hilario hasta la de San Miguel.

El inteligente abogado no defendía una causa en ninguna parte sin que su amigo Cartone se hallase allí presente con las manos metidas en los bolsillos y la vista fija en el techo. Los dos verificaban los mismos *circuits* (1), se entregaban en las provincias á las mismas orgias que en Lóndres, y las prolongaban de tal modo, que no faltaba quien sostenía haber visto á Cartone entrar en su casa, al ser ya de día, cayendo y levantando como un gato de disipadas costumbres.

En una palabra, comenzábase á susurrar, no sin su correspondiente malicia, que si Cartone no era un león, hacía en cambio perfectamente el papel de chacal en obsequio del susodicho Stryver.

—¡Caballero, ya han dado las diez! dijo á Sidney Cartone el mozo de la taberna que había recibido el encargo de despertarle.

—¿Qué es lo que queréis?

—Vengo á avisaros que son ya las diez.

—¿Las diez de la noche?

—Sí, señor. ¿No me encargásteis que os despertase?

(1) Expediciones que los jueces de Inglaterra, constituidos en tribunal, verifican por las provincias con objeto de administrar justicia.

—¡Bien, bien! sí que me acuerdo.

Después de hacer algunos esfuerzos para volver á dormirse, esfuerzos que el mozo de la taberna supo combatir hábilmente atizando el fuego con gran estrépito. Cartone se puso en pié, se encasquetó su sombrero y salió. Dirigióse hácia el Temple, recorrió dos veces la acera del paseo de King's-Bench, á fin de sacudir su letargo, y se encaminó al bufete de Mr. Stryver.

El pasante de este último, que no asistía nunca á aquellas conferencias nocturnas, se había ido ya á su casa, y el mismo abogado en persona fué quien abrió la puerta á su colega. Lleva a zapatillas y una bata suelta, y se había quitado la peluca y la corbata para estar más á sus anchas. Tenía esas profundas ojeras que se observan en el rostro de todos los grandes bebedores, desde Jeffries (1) hasta nuestros días, y que, á pesar de todos los artificios del arte, se notan también en todos los retratos de las personas que se abandonan á la intemperancia.

—Llegas con retraso, Nemosino (2), dijo el abogado.

—Un cuarto de hora á lo sumo, respondió Sidney.

Entraron en una habitación llena de humo; las paredes desaparecían tras unos inmensos testers de libros, y el piso se hallaba materialmente cubierto de montones de papeluchos. Una enorme caldera de hierro llena de brasas humeaba al lado de la puerta, y en medio de aquellos papeles, hacinados en tropel, se destacaba una mesa atestada de vino, aguardiente, ron, azúcar y limones.

—Ya veo que has bebido una botellita, Sidney, dijo el abogado.

(1) Célebre magistrado de Inglaterra que en tiempo de Carlos II hizo odiosa su memoria por los actos de crueldad que aconsejó al rey cuando la revolución de 1688.

(2) Alusión á Nemosina, diosa de la Memoria y madre de las nueve Musas.

—Creo que he bebido dos, respondió Cartone; he cenado esta noche con nuestro cliente de hoy, ó por mejor decir le he visto cenar, aunque todo viene á ser lo mismo.

—Has tenido una idea verdaderamente rara al hacerte confrontar con el detenido, amigo Sydney. ¿Cómo demonio pudo ocurrírsete semejante cosa? ¿Cuándo notaste tu semejanza con Mr. Darnay?

—Me pareció un buen mozo, y creí que yo hubiera sido lo mismo que él, si me hubiese favorecido la fortuna.

—¡Pobre amigo mio! la fortuna y tú habeis estado siempre reñidos, dijo el abogado riendo de un modo fenomenal. Pero vamos á trabajar Sydney, vamos á trabajar.

El chacal deshizo el lazo de su corbata, desabrochó su traje con aspecto sombrío, se dirigió á una habitacion inmediata y volvió con una jarra de agua fria, una palangana y dos tohallas; sumerjió en el agua las dos tohallas, las retorció ligeramente, se las puso alrededor de la cabeza, y sentándose á la mesa:

—Ya estoy preparado, dijo á su colega.

—No hay gran cosa que hacer, respondió Stryver con aire jovial, revolviendo los papelotes.

—¿De cuántos asuntos tenemos que ocuparnos?

—Nada mas que de dos.

—Pues dame primero el más difícil.

—Aquí tienes los dos, Sidney; haz lo que mejor te parezca, pero sobre la marcha y con todos tus cinco sentidos.

Después de pronunciar estas palabras con suma arrogancia, el leon se tendió sobre un sofá colocado al alcance de las botellas, en tanto que el chacal se instalaba ante una especie de pupitre destaralado, cubierto de legajos, y desde el cual podian tambien alcanzarse las botellas colocadas sobre la mesa.

Los dos compañeros bebian sin empacho, pero de muy distinta manera. El leon, recostado negligentemente y con una mano colocada sobre la cintura, contemplaba el fue-

go y jugaba de cuando en cuando con un plieguecillo de papel. El chacal, con las cejas fruncidas y la mirada reconcentrada, se hallaba tan profundamente absorto en su trabajo, que ni siquiera apartaba de él la vista cuando alargaba el brazo para coger su vaso. Cuando la tarea ofrecia alguna seria dificultad, levantábase nuestro hombre, volvía á remojar sus dos tohallas y continuaba inmediatamente su trabajo, con la cabeza cubierta por un adorno indescriptible que parecia aún más estrambótico al contemplar su aire grave y preocupado. Después de aderezar completamente la comida del amo, el chacal se dispuso á ofrecérsela. El leon se dignó extender la mano para recibir lo que aquel le presentaba, escogió lo que le pareció conveniente y discutió su mérito, siempre con la debida asistencia de su muy humilde servidor. Después de probada la comida, introdujo ambas manos en su cinturón y volvió á acostarse con aire pensativo.

El chacal buscó nuevas fuerzas en un gran trago de Oporto, volvió á remojar sus dos tohallas, y preparó los elementos de una segunda comida. Esta nueva presa fué servida de la misma manera que la anterior, y cuando estuvo completamente terminada, dieron las tres en los relojes de la ciudad.

—Ahora que hemos ya concluido, hagamos un ponche, Sydney, dijo el abogado.

Sydney se quitó las humeantes tohallas que le cubrian la cabeza, se estiró, hostezó, tiritó, y obedeció la orden que acababan de darle.

—¿Sabes, Sydney, que has estado muy oportuno respecto de aquel testigo de cargo? Todas las preguntas que se le han hecho las habias tú previsto.

—¡Y qué! ¿no sucede lo mismo todos los días?

—No digo yo lo contrario. Pero ¿qué mala yerba has pisado hoy? Atrácate de ponche á ver si se te ablanda el mal humor.

El chacal obedeció refunfuñando.

—Siempre lo mismo el antiguo Sydney de la escuela de Shrewsbury, continuó el abogado mirando á su antiguo compañero de colegio; siempre Sydney, alias Lanzadera: ahora arriba, un minuto despues completamente abajo; loco de contento al medio dia, desesperado al llegar la noche.

—¡Sí! siempre el mismo y siempre con la misma suerte, respondió Cartone con amargura. Ya por aquel tiempo hacia yo el trabajo de los demás y nunca me ocupaba del mio.

—¿Y por qué?

—Sólo Dios lo sabe; ¡será sin duda ese mi destino!

Hallábase sentado, tenia las manos metidas en los bolsillos y las piernas estiradas y contemplaba la lumbre con aire distraido.

—Cartone, le dijo el abogado colocándose resueltamente enfrente de él con aire de importancia; tu suerte ha sido y será siempre endemoniada porque careces de energía y no tienes aplicacion al trabajo. Observa lo que yo hago y procura imitarme.

—¡Valgame Dios! exclamó Sydney lanzando una ruidosa carcajada, ¿vas ahora ha convertirte en predicador?

—¿De qué modo he logrado yo todo cuanto he logrado? continuó el abogado siempre en el mismo tono. ¿De qué modo logro hoy todo cuanto llevo á cabo?

—Pagándome para que te ayude, ó mejor dicho, para que yo lo haga todo, replicó Sydney. Pero eso no merece que me apostrofes de ese modo y con tanta gravedad; tú puedes ocupar el lugar que te conviene, y de ahí resulta que tú estás delante y yo detrás; ni más ni ménos.

—Si ocupo el primer lugar, ¿no me ha sido preciso conquistarle? ¿Crees tú que he nacido siendo lo que soy?

—No lo sé; no estuve presente en el momento del parto,

respondió Cartone. Yo sólo sé una cosa, y es que ántes de ir al colegio tenias ya tu lugar y yo el mio, y que desde entónces hemos seguido lo mismo. Aun en el mismo París, cuando habitábamos el barrio latino para aprender en él un poco de francés y de derecho civil, etc., cosas en que nunca has logrado ser muy fuerte, dicho sea de paso, tú te hallabas en todas partes y yo en ninguna.

—¿Y quién tenia la culpa de eso?

—Yo creo que tú, ¡vive Dios! Tú estabas incesantemente ocupado en abrirte un camino cualquiera, dispuestos siempre á figurar entre las gentes á fuerza de insistencia, desfachatez y temeridad. Tú acaparabas todo el movimiento y yo sólo disponia del reposo. Pero es muy triste ocuparse del pasado cuando vá á despuntar el dia; ántes de que me marche, procura dar otra direccion á mis pensamientos.

—Eso es precisamente lo que deseo, Sydney. ¡A la salud de la encantadora testigo! dijo el abogado. ¿No te parece que esto es mucho más agradable?

No debió creerlo así Cartone, porque su rostro adquirió un tinte más sombrío.

—¡La encantadora testigo! murmuró contemplando el fondo de su vaso; ¿de quién estás hablando?

—De la linda hija del doctor, de miss Manette.

—¡Qué es linda!

—¡Ah! ¿conque no lo es?

—No.

—¿Qué estás diciendo? Todos los jueces han admirado su belleza.

—¡Valientes peritos! ¿Quién ha reconocido nunca la competencia de Old-Bailey en cuestiones de belleza? Es una muñeca con cabellos de oro.

—Pues oye, Sydney, repuso Mr. Stryver mirando fijamente á su compañero y acariciándose lentamente la barba, yo creía que esta muñeca con cabellos de oro te era

sumamente simpática, y hasta se me había figurado que observabas con sumo cuidado todo cuanto le ocurría.

—Cuando una jóven, sea ó no sea muñeca, se desmaya en presencia de un hombre, no tiene éste necesidad de un telescopio para verlo, respondió Cartone. Sin embargo, quiero darte la razon y vaciar mi vaso á su salud, pero niego formalmente que sea linda. Ahora ya no bebo más, ¡adios! voy á acostarme.

Cuando Sydney salió de casa del abogado, la luz del sol brillaba apénas en la escalera á través de los mugrientos cristales; en la calle el aire era frio y glacial, el cielo estaba triste y nublado, el agua del rio espesa y negruzca, la ciudad silenciosa y sombría. Grandes nubes de polvo corrian de un lado para otro en revueltos giros, impelidas por el viento de los mares, como si el Africa hubiese enviado sus oleadas de arena para envolver en ellas á la ciudad dormida.

Cartone, solo, en medio de aquel desierto y conservando dentro de sí mismo el vacío operado por tantas fuerzas perdidas, se detuvo un momento pensando en el amor al bien, el olvido de sí mismo, en la perseverancia, en la dignidad y en el noble empleo del talento y del corazón. En medio de estos pensamientos veía los amariillos y las gracias dirigirse á él desde las más elevadas regiones mostrándole espléndidos jardines en que florecían los frutos de la vida y en los cuales hacia brotar la esperanza encantados manantiales.

Esta especie de vision desapareció en seguida; Cartone llegó á su habitacion, situada en medio de un grupo de casas negras y húmedas, y se tendió, completamente vestido, sobre la desecha cama, que humedeció con lágrimas tan amargas como inútiles.

El sol apareció tristemente, muy tristemente á través de la niebla, y no alumbró nada cuyo aspecto fuese más doloroso que el de aquel hombre dotado de facultades só-

lidas y brillantes, lleno de sentimientos generosos, susceptible de emociones vivas y puras, pero incapaz de dirigir las, ni de bastarse á sí mismo, ni de hacer nada por su propia dicha, y que, llorando su perdida existencia, se abandona á un sér que le devora.

CAPÍTULO VI.

A centenares.

El doctor Manette habitaba en los alrededores de Soho-Square, una pacífica casa situada en el ángulo de una calle poco frecuentada. Hacia ya próximamente unos cuatro meses que la causa de lesa majestad había sido juzgada, y el público no se acordaba ya de semejante cosa, cuando un domingo, durante una hermosa tarde de Julio, Mr. Jarvis Lorry, recorriendo las abrasadoras calles de Clerkenwell, se dirigió hácia la casa del doctor, en donde iba á comer.

Después de caer repetidas veces en la supuesta indiferencia en que le sumerjian los negocios, Mr. Lorry se había dejado arrastrar por el cariño que le inspiraban el doctor y su hija, y el pacífico barrio en que habitaban sus amigos había llegado á ser para él el punto luminoso de su existencia.

El dia de que hablamos, Mr. Lorry se había lanzado á la calle muy temprano, por tres motivos: primero, porque el domingo, cuando hacia buen tiempo, tenia la costumbre de ir antes de la hora de la comida, para dar un paseito con el doctor y su hija. Segundo, porque cuando el tiempo era desapacible ó cualquier otra circunstancia impedia dar el consabido paseito, se instalaba en casa de los señores Manette, hablaba familiarmente con ellos, cogía un li-